

Guiones torpes para espectadores infantiles

Juan Carlos Monedero

Profesor de Ciencia Política, Universidad Complutense de Madrid

Thomas Friedman ha destacado que el argumento al revés de esta guerra ha sido, rompiendo toda sensatez, “fuego, apunten, preparados”. Como se denunció en mil sitios, desde un principio estaba tomada la decisión bélica. Los movimientos diplomáticos (¡Qué diplomacia de la amenaza y el soborno!) trataban simplemente de enmascarar el ataque, de maquillarlo con formas legales que hicieran más llevadera la muerte, otra vez anunciada, de inocentes. Lo intentaron hasta el final, buscando una nueva resolución del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas.

Los Estados Unidos pusieron mucho dinero y no menos advertencias encima de la mesa. Fracasaron. Y fracasó España en su pretensión de convencer a México y Chile de que apoyaran la intervención. El esfuerzo postrero de intentar que nueve países aprobaran la nueva resolución autorizando la intervención armada naufragó.

La *triple alianza* buscaba, de haber conseguido esos apoyos, la legitimidad moral, intentando quitar fuerza al veto francés o ruso (veto *vetusto*, producto de otra época pero consustancial al actual orden internacional). Pero ni siquiera obtuvieron ese consuelo. Pequeños países han dado una prueba de soberanía que no puede sino producir envidia en la ciudadanía española. Una ciudadanía que ha gritado al Gobierno de España, sin ser escuchada, que no quiere la guerra. Enfrente, un Gobierno con los oídos tapados y con un argumento fijo marcado desde la Casa Blanca. Fuego, apunten, preparados. Un guión torpe para espectadores infantiles. Cómo se empeñan los gobernantes en seguir haciendo de España un lugar diferente.

Como si no hubiera pasado el tiempo, como si la guerra contra Afganistán no hubiera tenido lugar, vemos repetirse el macabro argumento de entonces. Cine y realidad se confunden. Con el problema de que el cine, cada vez con más fuerza, se dirige a un público infantilizado. Por eso hay cada vez más efectos especiales. Y por eso, otra vez, ésta será una guerra de efectos especiales. Menos para los muertos, que se mueren de verdad. El 90% de las víctimas de los últimos conflictos son civiles.

La realidad y la pantalla se confunden. “Primera escena”: el director, ayudado por su responsable de maquillaje, nos presenta al malvado más perverso sobre la faz de la tierra. ¿Cómo puede haber alguien tan sanguinario? Los espectadores, arrebuados en la butaca, ven cómo ese ser despreciable acaba con la vida de algún inocente desvalido. El miedo nos invade. ¿Cómo puede haber gente así suelta?

El director, ayudado ahora por su guionista, nos va a convertir de golpe, sin necesidad de estudios jurídicos, sin esfuerzo, en jueces seguros e implacables: hay una víctima, hay un culpable, quiero un castigo. Ni mucho menos hace falta juicio ni garantías: que el inocente sea vengado de cualquier modo. Convertidos en jueces a través del vientre, no puede reclamarse mucho pensamiento.

El Estado de derecho, nos hará saber el director, no funciona, ni tampoco la legislación internacional y mucho menos la política. Qué decir de los inspectores. Ya se sabe que, salvo

uno mismo, todos los demás son unos corruptos. La administración de los demás países, una cueva de ladrones; los que se oponen a las decisiones del héroe, venales, indolentes o débiles. Y qué decir de los burócratas internacionales. Ninguna solución puede venir por ahí. No hay justicia. Y como decía Dostoievski, "Si Dios ha muerto, todo está permitido". Que entre el Séptimo de Caballería.

Por fortuna para los espectadores, siempre hay un político con conciencia, un policía heterodoxo, un militar con métodos propios o un agente con licencia para matar e ignorar los semáforos (que el resto, por supuesto, debe respetar). ¿Cuándo necesitaron los héroes y los leones semáforos o reglas? Al final, los jueces de la butaca, desde el infantilismo, ven satisfecha su ansia de venganza.

Pese a un sistema ineficaz y una estructura podrida, pese a la oposiciones de los blandos, el actor principal nos da la justicia que reclamamos. Y el director, con ayuda del compositor, nos ayuda a abandonar la película convencidos de que, en un mundo envilecido, pertenecemos a esa pequeña porción de seres justos. Dicen que si la guerra es rápida y victoriosa olvidaremos la quiebra del sistema internacional. Como recordaba Andrés Rábago, "la sangre se seca cada vez más rápido". ¿Se va a secar pronto la sangre de los iraquíes?

Pero el guionista ha cometido algunos errores. Y los espectadores se mueven incómodos en sus sillas. Por ejemplo, se ha olvidado de hablarnos de la historia de nuestro héroe, hijo de otro héroe que dejó el trabajo a medio hacer en 1991. Este personaje actual es un triunfador, de un país de triunfadores y está prácticamente condenado a salir victorioso cada vez que se propone algo. Por eso es nuestro amigo desde las primeras escenas. Nuestra identificación con él debe ser absoluta.

Pero al igual que no sabemos cuándo estudia James Bond todo lo que sabe, no quieren contarnos tampoco de dónde sale este héroe, cómo ganó con oscuridad y alevosía unas elecciones presidenciales, cómo tiene jefes que son los que le pusieron en el cargo. O cómo ha sido amigo de todos los malvados de todas las películas de los últimos cincuenta años. Siempre son los mismos actores, aunque les cambian los papeles. El mundillo del cine no cambia de un día para otro.

Tampoco nos muestra cómo nuestra estrella lleva años condenando a morir de hambre o en guerras a mucha gente (sin contar los que manda asesinar legalmente en casa firmando sentencias de muerte. El "conservadurismo compasivo" lo llamó en su campaña electoral). Forma parte de su manera de entender el mundo. Los héroes parece que lo han sido siempre. Pero como las dinastías, en los orígenes no hay sino otro héroe apuñalado. Pero no quieran verlo todo en esta película. Sólo han pagado una simple entrada y, además, venían a divertirse.

El director, dirá algún intelectual con lentes gruesas, comete en la película fallos de tiempo. Porque la historia siempre empieza mucho antes. Por ejemplo, cuando se hicieron cuentas y resultó que sólo quedaban 20 años de reservas de petróleo. O cuando los que le auparon a las elecciones le pasaron la factura de los gastos. O cuando vieron que era realmente rentable hacer una guerra, como ya ocurrió con la del Golfo. Pequeños detalles. Como es un intelectual, nos dirá también que ya Orwell, cuando escribió 1984 nos contó cómo la guerra permanente era la gran excusa para retirar todos los derechos a la ciudadanía. Pero ¿a quién le gustan los intelectuales que buscan fallos a las películas? ¡Hemos venido a pasar el rato!

Nos vamos del cine mientras aparecen los títulos de crédito, satisfechos porque lo que querían que nos creyéramos nos lo hemos terminado de creer. Todos contentos. Si nos quedásemos hasta que se encendiesen las luces, veríamos cómo, otra vez, coinciden los

apellidos de esta película (es verdad que hay algunos extras nuevos, conocidos para nosotros: pero extras al fin y al cabo). ¿Pero estamos realmente contentos?

Siguiendo con la vena sentimental, nos contará cómo todos son amigos de todos, formando una gran familia: Bush, Cheney, Rice, Baker, Scowcroft, Sununu o Bentsen

Cortometraje alternativo

Muy cerca de allí, en un cineclub universitario, muestran un cortometraje alternativo (no tenían dinero para más). El protagonista es otra vez el héroe americano. Aunque no aparece tan repeinado ni tan seguro de sí mismo.

En esta película vemos que la acción tiene lugar en el Mar Caspio, porque allí hay petróleo, pero también tiene escenas exóticas en Venezuela, porque allí también lo hay. De hecho, nos muestran un viaje rápido por el continente latinoamericano y ven que desde Puebla hasta Panamá, los amigos del héroe tienen bases allí donde hay recursos o donde hay conflictos populares. Como si todo formara parte de un mismo argumento. El cortometraje nos dice también que el guión de la guerra lo escribieron profesores, un tal Brzezinski, que hablaba de un “gran tablero mundial” y de un lugar mágico en Asia Central que quien lo domine, ganará la partida. Pero también un tal Pipes y otro llamado Wolfowitz, que dicen que EEUU son un nuevo pueblo elegido. ¿Quién elegirá a los pueblos? Ya sabemos que si hay pueblos elegidos hay también Antiguos Testamentos, con ese Dios tan fiero. Los pueblos elegidos eligen a otros pueblos para masacrarlos. Qué pena esta memoria tan frágil.

También nos hablan del pasado del héroe y cómo le hicieron héroe los mismos que tienen intereses directos en la zona: petroleras y energéticas, complejo militar industrial y petroquímicas, partidarios de la eliminación de Palestina e integristas cristianos.

Sentimental, el director universitario nos habla de la familia del héroe y nos cuenta que los negocios familiares llevan mucho tiempo discurriendo por los mismos derroteros. ¡Cómo cuidan estos padres a sus cachorros! Siguiendo con la vena sentimental, nos contará cómo todos son amigos de todos, formando una gran familia: Bush, Cheney, Rice, Baker, Scowcroft, Sununu o Bentsen, además de ser o haber sido altos cargos de las administraciones Clinton y Bush, han sido también grandes directivos de las empresas que, por una razón u otra, tienen intereses en la zona: construcción de oleoductos y gaseoductos, control del precio del crudo, mercado de reservas, empresas eléctricas, apoyo al *lobby* judío... Y nos cuenta (con una voz en *off*) que también son muy viajeros y que se les puede seguir el rastro en los últimos veinticinco años a través de Vietnam, Bosnia, Colombia, Kosovo, Chechenia, Ruanda o Macedonia. Un mismo argumento ahora radicalizado. Todo esto no lo decía la otra película. Eso sí, era mucho más divertida. Ésta da miedo.

La ciudadanía europea va a empezar una historia diferente. La que estamos escribiendo oponiéndonos a esta guerra ilegal, ilegítima y perversa

En el cortometraje aparece constantemente una palabra que recuerda al “Rosebud” de *Ciudadano Kane*. La palabra misteriosa es oil. Aparece explorando localizaciones exteriores en Uzbekistán, en Azerbaiyán, en Afganistán. Y sabe que en Irak están las segundas reservas de petróleo más importantes del planeta. Y vinculada a esa palabras, otras no menos mágicas: Enron, Unocal, Halliburton, Exxon.... Hacen cosas tan parecidas que no es extraño que sean todos muy amigos. Y aparecen nuevos actores. Uno gracioso es Hamid Karzai, el hombre fuerte del Afganistán post-talibán. Trabajaba para Unocal. Qué curioso: el

hombre fuerte de la gran empresa petrolera antes de la guerra en Afganistán luego aparece otra vez, ahora como presidente de Afganistán. Qué ganas de complicar el guión. Hay quien, incluso, vincula a la palabra mágica Enron con la familia Bin Laden, que ahora resulta que también tienen intereses en la construcción de gaseoductos y oleoductos. La familia de Bin Laden y la de Bush compartían muchas cosas. Con tanto jaleo no hay quien siga la película. Menos mal que el ruido de las bombas acalla todos los demás sonidos.

Al final salimos del cine cabizbajos. Pero levantamos la vista y vemos mucha gente fuera. Están protestando. Gritan “No a la guerra”. ¿Qué habrá pasado? “Que se ha tensado demasiado la cuerda”, nos dice de pasada un estudiante. Pensamos unos instantes. Es verdad. Tras el 11 de septiembre algunos han pensado que todo vale, que pueden romper el orden internacional, que les está permitido quebrar todo lo logrado desde el final de la Segunda Guerra Mundial con tal de salirse con la suya. Cansados de ver a Sharon asesinando y creando espirales de violencia que generan más y más violencia; cansados de neoliberalismo que condena a continentes enteros al hambre y al abandono; cansados de guerras que sólo benefician a los que venden las armas, que son los mismos que provocan las guerras, que son los mismos que hablan de la guerra como el arma de los justos.

¿Pero qué hace ahí ese figurante nuevo? ¿No hay otra forma de contar en el mundo que asesinando? El nuevo figurante coincide con el héroe americano en algunas cosas. Creen ambos que la letra con sangre entra. Y el dictado forma parte de sus competencias. Uno tiene un modelo de mundo sometido a los intereses del país que representa. El otro tiene un modelo de Europa concebida como un gran mercado, subordinado a los Estados Unidos y políticamente débil (ahí coincide con otros figurantes que nunca han creído en la construcción europea). Y también tiene un proyecto para España nacional-católico, centralista, autoritario, clerical y guerrero. ¿Qué mejor excusa para ponerlo en marcha que ligando el problema del terrorismo nacional en una escala cósmica? Y quien no está conmigo está contra mí.

Podríamos pensar que se trata de un error. Quizá nos consolemos haciendo lo posible por convencer a los jueces de que se trata de un delito que rompe la Constitución Española, que quiebra los mandatos legales europeos y que dinamita Naciones Unidas. Pero ellos también lo saben. No olvidemos que el cine es caro y sólo se rueda cuando está garantizado, de una manera u otra, que el dinero se recupera. Los que han empezado a rodar esta película saben lo que hacen. Llevan mucho tiempo rodando esta película.

Pero se ha acabado el cine de Hollywood y es hora del cine de autor. De nosotros como autores. Sin engaños ni efectos especiales, sin actores que siempre sonrían ni decorados que oculten lo que se ha roto. Porque estamos ante el intento de crear un proyecto político autoritario para el mundo, para Europa y para España. Mucho más que otra guerra. Desde la victoria sobre el fascismo en 1945, nunca la democracia estuvo tan amenazada como ahora. Y nunca, desde los años sesenta, desde los tiempos de la oposición a la guerra de Vietnam o el mayo de París, hubo tanta gente concienciada de que la palabra “basta” tiene que ser gritada. Quédense los miembros de la triple alianza con su mezcla de “Independence Day”, “Bienvenido Mr. Marshall” y “Las cuatro plumas”. Porque la ciudadanía europea va a empezar una historia diferente. La que estamos escribiendo oponiéndonos a esta guerra ilegal, ilegítima y perversa.